

# A LA LUZ TRANSFIGURADA

ADOLFO CASTAÑÓN

---

La luz del día se columpiaba entre las copas de los árboles con la despreocupada exactitud de un equilibrista y, al resbalar por entre las hojas, producía una enredadera de fuego. Los árboles la saludaban, oscilaban a su paso, se inclinaban y parecían respirar al tiempo que hacían una graciosa reverencia a la luz que juzgaba a la espesura y discernía la enramada luminosa de la oscura. Vibraba inmóvil, contenía silenciosamente el incendio para acechar las sombras, se filtraba líquida por entre los follajes y, en algunas zonas, condensaba una bruma luminosa que bañaba los arbustos y los contagiaba de su misma inmaterial, dorada consistencia. También el aire se condensaba, su sabrosa humedad redondeaba un fruto intangible pero con aroma y al que se podía morder, y cuyos jugos aéreos podían llenar de inocencia a cualquiera que los bebiese, inmatrimales y transparentes, y cuyas semillas, envueltas en los cristales del rocío, prometían el despertar y la resurrección. No andaba lejos la infancia del día. La hora más frágil de la luz acababa de pasar y ahí estaba, intacta e invulnerada, la misteriosa mañana de todos los días. Los pájaros cortaban el aire sin volar y el manso relámpago de sus voces se enredaba en el árbol del silencio y lo hacía parecer más poderoso.